

# Pericoli: una efigie para Chaplin

Edgar Esquivel Palomares

El retrato que Tullio Pericoli realizó de Charles Spencer Chaplin impresiona. Porque no es común ni normal imaginarnos cómo era en realidad quien caracterizaba al vagabundo. Vaya, se complica incluso definir la realidad que antecede a una representación convertida en icono. Y si nos cuestionamos, ya no digamos sobre la validez de las simulaciones, sino respecto a la necesaria aprehensión de apariencias, como forma y sustento de comunicación, llegaríamos a conclusiones ociosas, pero precisas: somos lo que no somos.

Pericoli es ante todo un retratista. Posee la habilidad de plasmar, con una simplicidad implacable, a algunos de los protagonistas del mundo de la cultura y las ideas. A Chaplin nos lo muestra —podríamos afirmar que lo devela—, con semblante de búsqueda, reprimiendo impaciencia, tratando de alcanzar con la mirada los límites de su imaginación. Lleva corbata, traje y camisa. Austero, el rostro limpio y con una mano serena desliza un par de dedos en la sien. Los labios cerrados sin sonrisa y el cabello peinado. No porta sombrero: *Charlot* no se asoma en ningún instante. Los trazos no llevan color alguno en esta versión somera descrita aquí.

“¿Podría existir un rostro que, a pesar de parecerse al auténtico, fuera más verdadero aún porque nos cuenta su historia?”. Este cuestionamiento del también escenógrafo y diseñador pone sobre la mesa su soberbio entender de la condición humana y el sentido que toman las elecciones de los hombres, el reflejo no inmediato que se asienta en todo aquello que hacemos evidente ante lo otro y los otros: la sociedad en la que nos desenvolvemos ocultándonos.

Todos sabemos escribir cuentos. Escribimos uno para todo el tiempo que dura nuestra vida en una lengua que ignoramos poseer. Una lengua que no está hecha de palabras, aunque su composición sea muy parecida a los lenguajes que conocemos.

¿Cuál sería el cuento que Chaplin escribió de sí mismo? Son muchas las anécdotas que nutren su biografía. Para este personaje, referente de la cinematografía mundial, la bruma de la fama no dispersó los propósitos característicos de su compromiso artístico y social, ni mucho menos la convicción con que trató siempre de perfeccionar las posibilidades o los alcances de un lenguaje universal.

Cuando la popularidad de Chaplin comenzó a rondar proporciones épicas, a partir de la primera década del siglo XX, surgió una gran cantidad de “chaplinistas”; imitadores que recorrían los circos y teatros ganándose la vida interpretando, a su modo, al nuevo genio del humor.

El creciente afán por la imitación del personaje de *The Tramp* propició la organización de un concurso a nivel nacional en Estados Unidos. Así, durante un viaje que Chaplin hace a la ciudad de San Francisco se enteró del evento y, entusiasmado, decide participar en él (por supuesto sin hacer mención de su identidad). Se han vertido algunas referencias (entre biografías no autorizadas y rumores sin confirmar) no coincidentes sobre el desenlace: que increíblemente sólo obtuvo el segundo o tercer lugar, por un lado y, por el otro, que su hermano, Syd, fue declarado vencedor. El sitio de



Tullio Pericoli, *Charlie Chaplin*

Internet *Snopes* (dedicado a indagar sobre leyendas urbanas) ha divulgado una versión que presumiblemente se apega más a lo que realmente pudo haber ocurrido: el artista no alcanzó ni siquiera las finales de tal contienda. Basada la información en una nota del *Chicago Herald*, del 15 de julio de 1915, el propio Chaplin relata el suceso con ironía, aduciendo una justificación más bien trágica: concursó porque quiso dar lecciones sobre el modo “correcto” de caminar de su afamado personaje, pues le apenaba que no hubiera quien lo hiciera bien; al final, los jueces determinaron que Chaplin no fue suficientemente bueno imitando a Chaplin y el premio fue otorgado a un hombre llamado Milton Berle. Hecho curioso y revelador: no triunfó como imitador de su propia invención.

Pericoli gustaba citar a Jean-Luc Nancy: “El parecido fiel consiste precisamente en mostrar otra cosa con respecto a la correspondencia de los rasgos”. Woody Allen diría que comedia es tragedia más tiempo, y Aristóteles argumentaría, por su parte, que con las mismas letras se componen una tragedia y una comedia.

Chaplin moldeó su rostro a través de obsesiones, convicciones y decepciones. Todo eso estaba reflejado en el arte que desarrolló con disciplina férrea y talento. Constatamos así el hecho de que la obra determina los rasgos, como lo social llega a perfilar también algunas particularidades adicionales de la existencia, no lo esencial ni lo singular de los hombres. Cuando tratamos

que la originalidad prevalezca, apelamos al individuo y no a las masas, al creador y no a las circunstancias históricas, pero la simbiosis inevitable se desborda a través de senderos en los que no siempre nos encontramos con rutas y cruces predeterminados, baste recordar a Calvino cuando le preguntan si *Marcovaldo* es un poco él, lo que en efecto afirmaría, con la acotación extraña de que comenzó a sentir un parecido a *Marcovaldo* después de haber escrito el libro.

La mejor autobiografía puede ser un rostro que va registrando con exactitud salvaje cada movimiento, cada detalle de nuestras cavilaciones absurdas; los complejos, los arrebatos, el miedo y la locura; las manías, las impresiones de la mirada o las consecuencias que se desprenden al ejecutar la verdad que todos pretendemos asumir como propia.

Hoy y aquí Chaplin (1889-1977) forma parte de un pretexto, como Proust, Beckett, Hemingway y tantos otros lo han sido para Pericoli quien, cual si fuera el Sherlock Holmes de las caras, quiere desentrañar el misterio del Universo a través de las líneas de expresión humanas acumuladas por generaciones. Tal vez no esté tan alejado de ello, después de todo, rezando a Canetti, ¿qué es más verdadero en una autobiografía que en cualquier otro relato? La vida es contagiosa, y el recuerdo no lo es menos. **U**

---

Edgar Esquivel Palomares (Guadalajara, 1977).